

Identidad nacional y globalización: falacias contemporáneas

ROLAND ROBERTSON*

Resumen: *En este trabajo se señala que la globalización —en su sentido multidimensional, opuesto al recientemente adquirido sentido unidimensional, reduccionista y economicista— se sitúa detrás de las afirmaciones de nacionalidad e identidad nacional. Esta tesis se opone radicalmente a la “sabiduría” convencional ampliamente difundida de que el nacionalismo se opone directamente a la globalización. El argumento se sitúa dentro de la discusión de lo que es probablemente mejor conocido como polietnicidad —más específicamente, la polietnicidad del moderno Estado-nación. Dicha discusión hace particular referencia a la comparación entre Brasil y los Estados Unidos y sostiene que, a pesar de los numerosos ejemplos de resistencia militante al Estado-nación polietnico, las formas de polietnicidad se están convirtiendo en las características definitorias de las identidades nacionales.*

Abstract: *It is argued in this paper that globalization —in its multidimensional, as opposed to its recently acquired unidimensional and reductionist, economic sense— occurs in tandem with assertions of nationality and national identity. This thesis sharply opposes the widespread conventional “wisdom” that nationalism stands in direct opposition to globalization. The overall argument is situated within a discussion of what is probably best called polyethnicity —more specifically, the polyethnicity of the modern nation-state. This discussion is undertaken in particular reference to a comparison between Brazil and the USA. It is maintained that, in spite of numerous examples of militant resistance to the polyethnic nation-state, forms of polyethnicity are becoming the defining features of national identities.*

De manera contraria a la opinión de que los Estados Unidos son más un receptáculo de culturas etnoracialmente definidas que la base para un *ethnos* en sí mismo, definiendo la noción de una cultura nacional como elemento de cohesión que permite que los estadounidenses provenientes de diversos orígenes se consideren a sí mismos en buena medida “como partes de un todo” cuando se trata de actuar en respuesta a problemas que son auténticamente comunes. El reconocimiento de la realidad de una cultura nacional también salva a los Estados Unidos de la peligrosa presunción de creer que se trata de un Estado protomundial. Afirmar la particularidad de la cultura estadounidense no necesita ser un acto de arrogancia; más bien puede representar un acto de humildad ante la diversidad mundial (Hollinger, 1995:14-15).

INTRODUCCIÓN: MULTICULTURALISMO E IDENTIDAD NACIONAL

EL HECHO DE INICIAR ESTE ARTÍCULO con la cita de un libro que trata sobre los Estados Unidos “postétnicos” (que ostenta el subtítulo de *Más allá del multiculturalismo*) no debiera llevar al lector a suponer que mi interés principal

* Dirigir correspondencia a: Department of Sociology, Forbes Quadrangle, University of Pittsburgh, Pittsburgh, Pennsylvania 15260, USA. E-mail:rolandr+@pitt.edu.

en este trabajo son los Estados Unidos. El libro de Hollinger (1995) es, pese a su interés particular en la Unión Americana, un análisis teórico-social amplio y variado sobre la polietnicidad (McNeill, 1986), la multiculturalidad, la multirracialidad, el multiculturalismo, el pluralismo cultural, y así por el estilo. A mi parecer, está muy vinculado con el interés contemporáneo y difundido respecto de la identidad en general y la identidad nacional en particular. Más específicamente, aborda de manera directa o indirecta temas fundamentales referentes a la “construcción” o “invención” de las identidades, las tradiciones y las comunidades. En suma, el libro de Hollinger plantea importantes cuestionamientos relacionados con el vínculo que hay entre la diversidad societal y la identidad nacional.

A Hollinger le interesan sobre todo las maneras como puede producirse o mantenerse la cohesión nacional ante una diversidad interna cada vez mayor, aunque reconoce abiertamente que buena parte de la diversidad interna moderna (pero de ninguna manera toda) ha sido producto de las situaciones de diáspora y de migración. Así pues, la diversidad societal interna está íntimamente ligada a las tendencias y circunstancias globales. Hay, por supuesto, un reconocimiento generalizado de este proceso. No obstante, el argumento de Hollinger va mucho más allá, pues hace hincapié en que los conceptos dominantes respecto de la diversidad en los Estados Unidos (y supuestamente en el resto del mundo) resultan demasiado limitados en su alcance. De ahí su preocupación por lo que él llama *la diversificación de la diversidad* (Hollinger, 1995:79-104). Su teorización sobre este concepto entraña una crítica a la tendencia a considerar que los miembros individuales de los Estados-nación pueden o debieran clasificarse en términos de grupos étnicos, etnoraciales o culturales mutuamente excluyentes, en los cuales cada persona se considera sólo como miembro de un grupo o categoría, sin tener la posibilidad de pertenecer a otros. Por otra parte, hay un interés académico y “activista” cada vez mayor en lo que Lila Abu-Lughod (1991, 1993) llama *halfies* [“mitad de una adscripción y mitad de otra”], término que emplea para referirse a los individuos que no están dispuestos a ser designados como miembros únicos de un grupo en buena medida porque sus orígenes no se remontan a un solo grupo étnico, etnorracial o cultural y, además, porque pueden tener afiliaciones transnacionales.

En la obra de Hollinger la situación en los Estados Unidos se enfoca mediante una perspectiva escéptica de lo que él denomina “pentágono etnorracial”, que consiste en “cinco comunidades supuestamente involuntarias de línea de descendencia”.¹ Esta última “[...]” ganó aceptación en el contexto de los esfuerzos gubernamentales

¹ El “pentágono” de los Estados Unidos está constituido por los segmentos africano-estadunidense, asiático-estadunidense, euro-estadunidense, indio y latinoamericano. Hollinger (1995:8) observa que, aunque al parecer un número cada vez menor de estadunidenses “[...]” creen en la realidad biológica de las razas”, no obstante, se muestran “[...]” asombrosamente dispuestos a vivir con un sistema oficialmente sancionado de clasificación demográfica que reproduce precisamente las crudas y coloquiales categorías de negro, amarillo, blanco, piel roja y moreno”. Debiera señalarse que en el censo de los Estados Unidos desde 1850 hasta el de 1920, la categoría de “mulato” fue incluida en el censo nacional (Skidmore, 1993:383). Tal vez resulte útil comparar el libro de Hollinger con el de Lind (1995).

para evitar la discriminación en contra de las minorías durante la década de los setenta” (Hollinger, 1995:8). Sin embargo, en el razonamiento de Hollinger, el movimiento multiculturalista de los ochenta “[...] descubrió que el pentágono era una base sobre la cual podía organizar la promoción de la diversidad” (Hollinger, 1995:8). El resultado fue que “[...] las categorías que derivaban su integridad no de la cultura sino de una historia de victimización política y económica basada en una mala biología eran a menudo tratadas como ‘culturas’” (Hollinger, 1995:8).

Posteriormente, en la década de los noventa, la gente de “raza mezclada” se había distinguido más bien por su protesta contra las restricciones impuestas por el “pentágono”. Esta gente ha rechazado la opinión de que no pueden ser, en palabras de Abu-Lughod, menos que *halfies*. Su insistencia cada vez mayor en ser reconocidos como descendientes o miembros de más de una sola “comunidad”—como Hollinger ha señalado convincentemente (1995:9)— “[...] ha llevado los propósitos culturales y políticos del multiculturalismo a un estado de contradicción trágica”.

Una consideración decisiva a este respecto es que si un “grupo minoritario” pierde cantidades significativas de integrantes como resultado de que la gente se desplaza hacia una nueva clasificación de “raza mezclada”, su contrapeso político resulta—como Hollinger y otros han señalado— potencialmente debilitado. En grado considerable, la resistencia africano-estadunidense a la categoría de raza mezclada en el próximo censo de los Estados Unidos constituye un ejemplo muy concreto de ello. Por otro lado, si comparamos la situación estadunidense en este aspecto con la que prevalece en Brasil, podremos percibir circunstancias muy distintas. Una porción relevante del esfuerzo desplegado por la élite (abrumadoramente blanca y con recursos económicos) se ha orientado a construir la identidad nacional brasileña en función de la idea de concebir al país como una “democracia racial”. Empero, el mito de la democracia racial brasileña ha sido severamente socavado, sobre todo desde que la UNESCO auspició estudios de raza en Brasil en los años cincuenta.² El activismo negro interno, la investigación académica externa reciente y el debate se han ocupado de ello.

Los regímenes sucesivos de Brasil han cultivado el principio de lo que podría llamarse “confusión etnorracial”, gran parte de ella en términos de la ideología de “blanquear” a la población brasileña, aun cuando el censo del país siempre ha impuesto la elección entre los colores de la piel: blanca, amarilla, morena, negra (el término “raza”, en oposición a “color”, pocas veces se emplea “oficialmente” en Brasil). Así pues, en la circunstancia de ese país, los activistas brasileños negros han estado buscando el reconocimiento formal a su condición de negros y, en efecto, se han resistido al tipo de proyecto “postétnico” que Hollinger aprueba en relación con la sociedad estadunidense. Sin embargo, las situaciones etnorraciales en las dos socie-

² Para un buen análisis de este hecho, véase Winant (1992). Sin embargo, son notables las claras muestras en el sentido de concebir al país como una democracia racial, por lo menos entre los que no son negros en el Brasil de nuestros días. Así pues, al hablar de la explosión del concepto de democracia racial, me estoy refiriendo casi totalmente a los términos académicos estadunidenses.

dades han cambiado en direcciones distintas. El tema de la multirracialidad y la clasificación de raza mezclada está cobrando cada vez mayor presencia en los Estados Unidos mientras que, por otra parte, ha habido demandas en favor de la identificación birracial en Brasil. Esto último se observa en la exigencia de los activistas negros de poder ejercer la autoidentificación de “negro” en el censo de 1991. Ahora, de hecho, algunos argumentan que los Estados Unidos y Brasil han revertido sus posiciones: por un lado, desde los años cincuenta, con el aumento cada vez mayor en la Unión Americana de los estadounidenses negros (pese a la pobreza persistente, la desigualdad racial y el racismo ejercido contra ellos) y, por otro, el descenso en la posición de los negros en Brasil.³ Dicha tendencia tiene que ser observada contra el trasfondo del “culto a los mulatos” en Brasil (Skidmore, 1993:374); en contraste con la negrofobia de la América blanca, este culto ha desempeñado un papel central en la reproducción del mito de la democracia racial brasileña. A diferencia de la negrofobia ejercida por los blancos en los Estados Unidos, este culto se apoyaba en “[. . .] un mito poderoso de que los blancos (hombres, por supuesto) consideraban que quienes tenían piel oscura (mujeres, desde luego) ejercían un atractivo único” (Skidmore, 1993:374; véase también Winant, 1992).

Al referirse a los Estados Unidos, Hollinger sostiene que ahora deberíamos pensar en términos de afiliación *voluntaria* a una comunidad de ascendencia, en contraposición a la difundida ideología actual de la adscripción. Lo anterior lo hace oponerse radicalmente al concepto de “categoría de raza” (*cf.* Appiah, 1992). Tal rechazo se ubica específicamente dentro de lo que Hollinger considera un cambio general en los Estados Unidos desde la segunda guerra mundial: del discurso centrado en la especie respecto al que se concentra en la etnia. De hecho la transición “de raza a cultura” (Michaels, 1992) ha tenido lugar mucho más allá de los confines de los Estados Unidos, aunque los acontecimientos en Brasil que acabo de referir muestran que la tendencia no es universal. A últimas fechas se ha escrito bastante acerca de dicha transición; sin embargo, no cabe duda de que se necesita trabajar mucho más para investigar a fondo las “intergenealogías” de “raza”, “cultura”, “comunidad”, “grupo minoritario”, etcétera.⁴ Mientras tanto, sin embargo, la adscripción “etno-cultural” está siendo formidablemente consolidada en muchos frentes de los Estados Unidos y en el resto del mundo. Entre los promotores de la adscripción voluntaria están las profesiones de trabajo social que se encuentran en la profesión de la comunicación intercultural. La promoción del trabajo social consolida y refuerza la rigidez intrasocietal en lo que respecta al “pentágono” de Hollinger. La comunicación intercultural —“la industria que evita el *shock* cultural” (Hanerz, 1992:251)—

³ Estoy en deuda con mi colega Peggy Lovell, por haberme indicado la bibliografía que debía consultar sobre el tema. Las contribuciones clave al análisis académico reciente incluyen, además de la de Winant (1992), las de Andrews (1992) y Skidmore (1993).

⁴ Mi percepción del tema y de las “relaciones de raza” en Brasil y en otros lugares, ha sido estimulada en gran medida por muchas conversaciones sostenidas con Denise da Silva, quien actualmente escribe su tesis de doctorado en el Departamento de Sociología en la Universidad de Pittsburgh, en Estados Unidos.

promueve y consolida en el interior de la sociedad las identidades de adscripción, y en una escala global las identidades nacionales culturales.

No obstante, la transición de raza a cultura está planteando muchos cuestionamientos al concepto de “cultura”, aunque dicha transición ciertamente no es la única razón de tal cuestionamiento (Robertson, 1992). El cuestionamiento —o, por lo menos, la inestabilidad— planteado al concepto “cultura” está ocurriendo debido a varios motivos. En ello, los antropólogos y los sociólogos (sin mencionar a los hombres y mujeres de negocios contemporáneos) han desempeñado un papel significativo en el sentido de que, primero los antropólogos y después los sociólogos y otros especialistas, han identificado desde hace largo tiempo a la cultura como una fuerza de unión que promueve la solidaridad comunitaria. Esta caracterización de fuerza unificadora de la cultura es la que ahora cuestiona la sociología, pese a quienes están tratando de “inventar” las culturas —o de apropiarse selectivamente de las tradiciones culturales— e intentan promover de manera simultánea la solidaridad sociopolítica por medio de la cultura.

Sin embargo, nada de lo anterior pretende negar la importancia de la cultura o de los fenómenos culturales. De hecho, como Smith (1986: vii) sostiene atinadamente, las naciones, el nacionalismo y la identidad nacional debieran ser tratados en gran medida como fenómenos culturales, no “[. . .] simplemente como una ideología o una forma de política [. . .]”; empero, los cambiantes significados actuales y los usos cotidianos del término “cultura”—y, no en último lugar, su politización— requieren de un debate sistemático que se entrecruce con la controversia presente acerca del comunitarianismo (Robertson, 1996).

NACIONALISMO Y GLOBALIZACIÓN

Mi interés principal en el contexto inmediato es el de explorar la relación que hay entre la identidad nacional y la globalización. ¿Por qué, entonces, comenzar con asuntos relacionados con el multiculturalismo? Formulada de manera sencilla, la razón principal es que la multiculturalidad “nacional” y, en un sentido más ideológico, el multiculturalismo, se hallan profunda e inextricablemente ligados con los temas globales y transnacionales y, además, los asuntos actuales de nacionalidad, nacionalismo e identidad nacional no pueden abordarse, en mi opinión, sin prestar atención a la globalidad. Las interrogantes que tienen que ver con la ciudadanía a finales del siglo XX también son parte de la discusión. Aquí encontramos otra vez una bibliografía contemporánea que aumenta rápidamente, gran parte de ella enfocada hacia los temas de ciudadanía postnacional, supranacional o global. Hasta ahora, empero, se ha dedicado relativamente poca atención —salvo en el trabajo de Meyer y sus colaboradores y estudiantes (por ejemplo Meyer, 1980; Soysal, 1994)— a la índole cambiante de la ciudadanía en relación con los complejos vínculos establecidos entre individuos, Estados-nación, las relaciones internacionales y la humanidad (Robertson, 1976; Robertson y Chirico, 1985; Robertson, 1992). En este campo ana-

lítico, la *desterritorialización* de la identidad nacional, así como la identidad en general, resultan una consideración muy significativa (Jacobson, 1996).

Considero el tema de la globalización y el nacionalismo desde dos ángulos que se entrecruzan, aunque aquí sólo puedo presentar programáticamente mis ideas a este respecto. Por una parte, me interesa el vínculo entre la globalización, concebida muy esquemáticamente como una manera de comprimir al mundo, y el surgimiento de diversas formas mundiales de nacionalismo. A este respecto mi interés se centra en la globalización y en la capacidad de las teorías derivadas de ella para abordar el nacionalismo. Mi segundo foco de atención está dirigido de manera más directa a las teorías del nacionalismo —más precisamente, de la identidad nacional— y su capacidad de abordar el nacionalismo en ausencia de una teoría de la globalización. Como resulta evidente a partir de la manera como he formulado aquí el problema general, sostengo que una teoría de la globalización moderna (sobre la base, no obstante, de una perspectiva histórica de largo plazo) resulta deficiente en la medida en que no incorpora desde el principio el tema del nacionalismo. Al mismo tiempo, tratar el nacionalismo de una manera “no global” resulta igualmente problemático. En suma, teorizo sobre la globalización y el nacionalismo como aspectos del mismo paquete teórico e histórico (*cf.* Ishay, 1995).

El punto de partida de mi propia exploración se refiere a la teorización de la globalización (Robertson, 1992). Mi argumento principal se fundamenta aquí en un decidido rechazo al concepto contemporáneo, a menudo expresado casi por definición, de que el nacionalismo debe ser visto como una “fuerza” compensadora de cara a la globalización. En mi opinión, ésta es una perspectiva peligrosamente engañosa que, no obstante, está cobrando un rápido impulso como un tema central en la “erudición global”. No resulta demasiado aventurado afirmar que uno apenas puede viajar o leer acerca de alguna región del mundo contemporáneo sin encontrarse con fuertes censuras en el sentido de que la globalización está socavando —incluso destruyendo— la identidad y la integridad nacionales. De hecho se afirma con una frecuencia cada vez mayor que la “globalización” (a menudo concebida erróneamente como occidentalización, estadunización o como el nuevo atuendo del colonialismo) es causa de toda suerte de problemas sociales. Este tipo de argumento se basa en muchos supuestos cuestionables, en el meollo de los cuales está la idea de que la globalización es un proceso homogeneizador que acaba con la cultura y la tradición “locales”. Una perspectiva íntimamente relacionada afirma que la globalización es una enorme tendencia macrosociológica que, a menos que se le presente resistencia, se impondrá y socavará al Estado-nación.

Sin rechazar de todo ciertos elementos de tales tesis, yo sostengo, empero, que se trata de una perspectiva erróneamente concebida, no sólo porque el Estado-nación se ha vuelto claramente el mayor “receptáculo” de la vida social como rasgo central de la cultura política global. La utilización informal (podría uno llamarle “irresponsable”) del concepto de globalización como chivo expiatorio para casi toda dificultad pública o privada en el mundo contemporáneo se desvanece ante el riguroso análisis sociológico, antropológico e histórico.

Mis propios argumentos deben ser sometidos al escrutinio tanto en términos analíticos como empírico-históricos, algo que no puedo llevar a cabo con detalle en este trabajo. Analíticamente sostengo que raya en lo obtuso emplear el término “global” excluyendo “lo local” de lo global. Considero que la globalización es un concepto que abarca *todos* los aspectos de la condición humana (entre ellos los llamados factores “microsociológicos”). En términos históricos, me empeño en mostrar que las ideas —los discursos constitutivos— acerca del Estado, la nación, la soberanía, la autodeterminación nacional y así por el estilo (incluidas las formas nacionales, y las de otro tipo, de identidad) han sido y se encuentran cada vez más inscritas en las circunstancias globales y transnacionales, así como constreñidas por ellas. Buena parte de mi argumento conforme a tales lineamientos se sitúa dentro de las conceptualizaciones referentes a la relación que hay entre universalismo y particularismo. Para formularlo de una manera más sencilla, la globalización entraña la universalización del particularismo, así como la particularización del universalismo. Además, la globalización —acaso más precisamente descrita como *glocalización* (*glocalization*)* (Robertson, 1995)— abarca la producción de la diversidad. Los nacionalismos constituyen una forma mayor de diversidad global. Asimismo, la identidad nacional se está volviendo un asunto de controversia y disputa entre las “comunidades” etnoraciales sobre una base *interno*-societal. El vínculo entre los contextos societal y global se centra en gran medida en la migración (incluido el fenómeno de trabajador-huésped) y en promover la diáspora de la identidad nacional desterritorializada y otras identidades; aunque sin duda éstos no son los únicos factores significativos. En suma, creo que la globalización, cuando se le considera desde la perspectiva de la *glocalización*, resulta un *proceso que se limita a sí mismo*.

Al tratar más directamente el nacionalismo y las teorías derivadas de él, considero que ha habido un cambio reciente observable en una dirección “internacional” o global, por ejemplo en los escritos de Colley (1992); Greenfeld (1992) y James (1989), entre otros. El rechazo de Gellner al argumento de Kedourie (1993) de que en sus primeras etapas el nacionalismo se diseminó como una ideología, tiene que ser considerado en función de la proposición de que, en términos generales, el argumento de Kedourie se ajusta muy fácilmente a mi propia teoría de la globalización. Específicamente, el argumento de Kedourie de que el nacionalismo se extendió como una ideología —en vez de ser primordialmente un producto de elaboración interna del Estado-nación en condiciones de industrialización, como Gellner propuso— se encuentra ciertamente sustentado por buena parte de la evidencia histórica referente al siglo XX.⁵ Para principios de este siglo, ya estaban firmemente establecidos los modelos globales para construir y conformar a los Estados-nación y

* El autor hace referencia a la combinación simultánea de lo *global* y lo *local*. Tanto el uso del término *glocal* como el adjetivo *glocalization* son reconocidos por *The Oxford Dictionary of New Words* (1991:34).

⁵ Los libros sobre el tema son muy numerosos para citarlos aquí. Estoy pensando particularmente en la notable semejanza, independientemente de los niveles de desarrollo industrial, en la forma que adopta el Estado-nación en todo el mundo.

sus identidades (Robertson, 1992:146-163). Uno de los factores clave en la discusión de las identidades nacionales es que su producción y reproducción ocurre bajo restricciones que se extienden en todo el mundo; dichas restricciones son lo que Meyer (1980) ha llamado “cultura política mundial”.

Debe hacerse hincapié en que muchas de las más interesantes contribuciones recientes al estudio del nacionalismo han sido aportadas por marxistas británicos “cosmopolitas” o “internacionalistas”. Yo sostengo que el “internacionalismo” (en sentido *cuasi* ideológico) de tales contribuciones ha cegado, paradójicamente, a quienes lo proponen en lo que respecta a las bases *globales* (cuestionadas) del nacionalismo. Su internacionalismo es, en suma, principalmente normativo, no analítico. Teóricamente, como he dejado entrever, deberíamos asignar periodos a la globalización y coordinar esta acción con un modelo de la fase histórica de los nacionalismos.

En realidad he propuesto que resultaría útil concebir el proceso de globalización que ha tenido lugar aproximadamente durante los últimos 250 años de la siguiente manera: 1) la fase *germinal*: desde la Europa de principios del siglo XV hasta mediados del siglo XVIII; 2) la fase *incipiente*: de mediados del siglo XVIII a la década iniciada en 1870, nuevamente sobre todo en Europa; 3) la fase decisiva del *despegue*: desde la década que inicia en 1870 hasta mediados de los años veinte de este siglo y que incorporó a las sociedades no europeas del hemisferio norte, así como a los Estados-nación de América Latina; 4) la fase de *la lucha por la hegemonía*: de mediados de la década de los veinte a finales de los años sesenta, que comprende la expansión del principio de autodeterminación nacional para incluir al llamado Tercer Mundo; 5) la *fase de incertidumbre*: desde finales de la década de los sesenta hasta el periodo actual, y que se centra en el final de un sistema internacional marcadamente organizado en patrones, como la separación de la “nación” respecto del “Estado”; la tematización política de la polietnicidad y la multiculturalidad; la inestabilidad en las concepciones de la ciudadanía, y un agudo incremento *tanto* en las perspectivas supranacionales y globales *como* en la conciencia nacional (Robertson, 1992:58-60).

Cada una de dichas fases envuelve una expansión de lo que yo llamo *la forma* de la globalización. Tal *forma* se ha centrado en cuatro puntos principales: a) los Estados-nación; b) las personas individuales; c) el sistema de las relaciones internacionales, y d) la humanidad como realidad cada vez más concreta en contraposición a una idea meramente filosófica o teológica. De hecho, cuando se estableció la Organización de las Naciones Unidas, a mediados de los años cuarenta, fue estructurada en función de estos elementos y acontecimientos que, desde entonces, han entrañado su reproducción y consolidación. No obstante, resulta fundamental destacar que en las fases sucesivas de la globalización moderna, cada uno de los puntos focales —como los he denominado— se ha vuelto más concreto y la relación entre ellos, más problemática. Al mismo tiempo, ha habido, claro está, cambios en el “significado” a menudo controversial de los componentes. Por ejemplo, el Estado-nación ha experimentado un cambio en su componente principal: de proponer una fuerte tendencia hacia la homogeneidad nacional, a finales del siglo XX, se vislumbra una fuerte tendencia hacia la heterogeneidad nacional, lo cual ha desestabilizado y problematizado

cada vez más las concepciones que se tienen de la identidad nacional. Sin embargo, quizás el señalamiento más importante que debe hacerse en esta coyuntura es que, en mi modelo, *el desarrollo del nacionalismo y del Estado-nación constituye un rasgo decisivo de la globalización.*

¿JIHAD CONTRA MCMUNDO?

No obstante, se ha vuelto muy común en todo el mundo declarar que las afirmaciones nacionales o etnoraciales de identidad han surgido en defensa de una marejada amorfa de globalización homogeneizante o como protesta en su contra. Esta visión es falaz desde un punto de vista histórico-sociológico serio del tipo que acabo de esbozar, y refleja una interpretación “Jihad contra McMundo” o “tribalista” del mundo contemporáneo como un todo (Barber, 1992), que no puede resistir el examen serio e históricamente informado. Quiero hacer hincapié, en primer lugar, en su índole irónica y contradictoria en sí misma. La mera *vastedad global* de la idea de que los nacionalismos contemporáneos resultan necesariamente *antiglobales* es, por decir lo menos, un tema problemático que requiere de un análisis cuidadoso. En todo caso, las afirmaciones frecuentes en todo el mundo en el sentido de que los nacionalismos contemporáneos y las manifestaciones de identidad nacional son formas de antiglobalidad o de antiglobalización deberían, en mi opinión, ser consideradas de manera análoga a la proposición durkheimiana de que el individualismo moderno no habría sido posible si no estuviera sostenido por un “culto al individuo”; a saber, se trata de un fenómeno colectivo, social. De la misma manera, el nacionalismo contemporáneo habría sido imposible —ciertamente no en una escala tan amplia— si no hubiera sido sostenido por el “culto global a la nación” (o Estado-nación). Es lo que Lechner (1989) ha denominado “societalismo institucionalizado”.

Pretendo mostrar no sólo que la noción misma de “identidad” (nacional o de otro tipo) es un concepto globalizador sino, más específicamente, que las ideas referentes a la autodeterminación y al carácter único de lo nacional se encuentran arraigadas en acontecimientos esencialmente globales, sobre todo desde finales del siglo XVIII. La globalización y el nacionalismo se han desarrollado en un binomio complejo que entraña la interpenetración de la universalidad y la particularidad. Desde mediados del siglo XVIII, la globalización ha abarcado lo que equivale a la institucionalización cada vez más global de la expectativa del carácter único de la identidad nacional. Sin embargo, lo anterior no significa que yo considere que las categorías de nación, nacionalidad e identidad nacional sean explicables *únicamente* por ese medio. En su mínima expresión, lo que estoy tratando de hacer es justicia a los que por razones de simplicidad inmediata llamo “factores globales” y en su máxima expresión, estoy invocando a los factores globales con el propósito de socavar las formas más extremas de esencialismo étnico, racial, nacional y cultural. En este punto debiera decirse que cualquier crítica al esencialismo debe tomar en consideración que buena parte del pensamiento esencialista —presente y pasado— ha sido *estraté-*

gica. El *esencialismo* estratégico puede definirse como el *intento calculado* de construir un mito acerca, por ejemplo, de la identidad cultural, como una maniobra política. En cierto sentido, buena parte de la memoria colectiva en una escala nacional ha englobado obviamente apropiaciones selectivas de las tradiciones y, en dicha medida, las memorias colectivas—cuando son institucionalizadas, por ejemplo, en museos nacionales y galerías de arte—, por lo regular pueden clasificarse como formas de esencialismo estratégico.

Como Edith Hall (1996: 339) ha señalado:

[. . .] las definiciones subjetivas de etnicidad, por su índole misma en tanto constructos sociales, están abiertas al desafío. Distintas personas pueden definir la genealogía de un grupo étnico particular de maneras diferentes según sus propósitos contingentes en ese momento.

Y prosigue afirmando que la etnicidad subjetiva (y en último análisis toda etnicidad resulta subjetiva) es un “[. . .] constructo social fluido que puede cambiar asombrosamente rápido [. . .] A la etnicidad puede ponerse a prueba o plantearse un reto mediante la invención de genealogías y precedentes míticos” (Hall, 1996:343). Hall escribe específicamente acerca de la identidad y la genealogía étnicas en referencia a la controversia que rodea a la obra de Bernal, *Black Athena* [Atenea negra] (1987, 1991); empero, el señalamiento que ella hace resulta aplicable mucho más allá de ese debate.

Así pues, en muchas descripciones contemporáneas se considera que las tendencias globalizadoras se encuentran en tensión con las afirmaciones “locales” de identidad y cultura.⁶ Por ello, tienen amplia difusión ideas tales como lo global en contraste con lo local, lo global en contraposición con lo “tribal”, lo internacional a diferencia de lo nacional, lo universal contra lo particular. Para algunos, estas supuestas oposiciones constituyen simples acertijos o paradojas, mientras que para otros la segunda parte de cada oposición es vista como una reacción a la primera. Para los demás se trata de contradicciones. En la perspectiva de la contradicción, la tensión entre lo universal y lo particular puede considerarse en el sentido dinámico como fuente relativamente progresiva de cambio generalizado o como modalidad que preserva un existente sistema global en su estado actual. Encontramos ambas perspectivas en el argumento de Wallerstein de que la relación entre lo universal y lo particular es básicamente producto del capitalismo sistémico mundial en expansión (Wallerstein, 1991). Sólo los que Wallerstein llama movimientos antisistémicos —y luego únicamente los que en efecto desafían las “presuposiciones metafísicas” del “sistema mundial”— pueden llevar al mundo más allá de las presuposiciones de su actual condición (capitalista).

A partir de estas ideas, podemos considerar a la proliferación contemporánea de los “discursos de minoría” como de hecho estimulada por la conceptualización de un

⁶ Esta parte de mi análisis se basa en gran medida en Robertson (1995).

“sistema mundial”. En realidad hay mucha materia para señalar que quienes suscriben los discursos de minoría tienen, paradójicamente, un aprecio especial por las formas wallersteinianas o por otras formas “totalistas” de la teoría de los sistemas mundiales. Sin embargo, debe hacerse notar asimismo que muchos de los entusiastas participantes en el discurso de las “minorías” describen su práctica intelectual en términos del discurso *singular*, de la minoría (JanMohamed y Lloyd, 1990). Esto indica que de hecho hay un modo potencialmente *global* de escribir y hablar en favor —o por lo menos acerca— de las minorías (McGrane, 1989; Handler, 1994) y también puede significar una forma de ser “políticamente correcto” en términos globales. De hecho, tomar a la “globalización” como chivo expiatorio de todos los males que aquejan al mundo de finales del siglo XX está convirtiéndose rápidamente en un aspecto central de la globalidad política correcta, como previamente he dejado entrever.

Al igual que muchos otros, Barber (1992) argumenta que el “tribalismo” y el “globalismo” se han convertido en lo que él describe como los dos principios axiales de nuestro tiempo. En esta perspectiva (ahora ampliamente aceptada), Barber muestra una posición particular frente al “(des)orden del nuevo mundo”. Yo elegí considerar su posición porque está sucintamente planteada y porque se ha difundido mucho. Barber considera que estos dos principios están inevitablemente en tensión: un “McMundo” de globalización homogeneizante contra el “mundo Jihad” de “libanización” particularizante. Barber bien podría decir ahora también “balcanización” y se interesa principalmente en la repercusión que cada uno de estos principios, supuestamente contrarios, tiene respecto a las perspectivas de la democracia. Se trata sin duda de un asunto muy importante, pero en este trabajo me interesa inmediatamente sólo el tema de lo local-global.

En forma similar a otros autores, Barber *define* la globalización como lo opuesto a la localización, y argumenta que “[. . .] cuatro imperativos animan la dinámica de McMundo: un imperativo de mercado, uno de recursos, uno de información-tecnología y uno ecológico” (Barber, 1992:54). Cada uno de ellos contribuye a “encoger el mundo y disminuir el relieve de las fronteras nacionales”, y juntos han “[. . .] conseguido una gran victoria sobre el sectarismo y el particularismo, y otra no menos considerable sobre su forma tradicional más virulenta: el nacionalismo” (Barber, 1992:54). Al señalar que “[. . .] el sueño de la Ilustración de una sociedad racional universal se ha realizado en un grado asombroso” (Barber, 1992:59) hace hincapié en que ese logro ha sido, empero, llevado a cabo de una manera comercializada, burocratizada, homogeneizada y como él llama (muy problemáticamente) “despolitizada”. Sin embargo, *también* señala que se trata de un logro muy incompleto pues entra “[. . .] en competencia con fuerzas de derrumbe global, disolución nacional y corrupción centrífuga”. Aunque las ideas referentes al localismo, la localidad y lo local no aparecen de modo explícito en el ensayo de Barber, ciertamente lo permean de manera extensa. No obstante, las nociones de lo local, la localidad, “el hogar” y así por el estilo, son asumidas con demasiada rapidez como para considerarse lugares reales en sí mismos (Robertson, 1995). En contraste, yo sostendría

que tales nociones dependen de conceptos más amplios, “no locales”, de localidad. Y lo mismo se aplica a las ideas relativas a la categoría de nación o a las aspiraciones en ese sentido.

No hay una razón persuasiva —si dejamos de lado la convención ideológica— para definir ampliamente la globalización en términos de homogeneización. Por supuesto, todo el mundo tiene la libertad de definirla de ese modo, pero creo que queda mucho por decir en contra de dicho procedimiento.

Aunque cada uno de los imperativos del McMundo de Barber parecen referirse en la superficie a la homogeneización, cuando los consideramos más de cerca, cada uno tiene un aspecto local, diversificador. Como ya he dicho anteriormente, no tiene sentido definir lo global como si excluyera a lo local. En términos de alguna manera técnicos, definirlo así indica que lo global radica más allá de todas las localidades, como si tuviera propiedades sistémicas por encima y más allá de los atributos de las unidades de un sistema global. Esta manera de ver las cosas corre paralela a las líneas señaladas por la diferenciación macro-micro, la cual ha ejercido gran influencia en la disciplina de la economía, y recientemente se ha vuelto un tema al que se ha dedicado gran atención (aunque ahora está decayendo) en la sociología y en otras ciencias sociales.

Sin negar que el mundo-como-un-todo tiene algunas propiedades sistémicas que van más allá de las “unidades” que hay en su interior, debe hacerse hincapié en que tales unidades en sí mismas son, en gran medida, construidas conforme a acciones y procesos externos a la unidad, en términos de dinámicas cada vez más globales (Meyer, 1995). Por ejemplo, las sociedades nacionalmente organizadas —así como las aspiraciones “locales” a establecer sociedades aún más nacionalmente organizadas— no son tan sólo unidades dentro de un contexto global, o textos dentro de un contexto o intertexto. Su existencia, y particularmente la forma que ésta adquiere, es en buena medida resultado de procesos y acciones extrasociales (más generalmente, extralocales). Si concedemos, junto con Wallerstein (1991:92) y Greenfeld (1992) que “lo nacional” es un “prototipo de lo particular”, deberemos, por otra parte, reconocer también que el Estado-nación —en términos más generales la sociedad nacional— es en un aspecto decisivo una *idea cultural* (como Greenfeld parece reconocer). Gran parte del aparato de las naciones contemporáneas, de la organización en Estados-nación de las sociedades, incluida *la forma* de sus particularidades —la construcción de sus identidades únicas— resulta muy similar en todo el mundo, pese a la gran diversidad en los niveles de “desarrollo”. Éste constituye, creo yo, un ejemplo meridiano de lo que denomino la “interpenetración del universalismo” y el particularismo o “glocalización” (Robertson, 1995).

LA “INTERNACIONALIDAD” DE LA NACIONALIDAD

Uno de los rasgos del nacionalismo moderno que más se han subestimado (es decir, el nacionalismo desde mediados del siglo XVIII) se refiere a los diversos grados con

que los nacionalismos y las identidades nacionales han sido construidos en términos de otros nacionalismos y otras identidades nacionales. Greenfeld (1992) señala que de los cinco nacionalismos que analiza con amplitud (el inglés, el francés, el ruso, el alemán y el estadounidense), sólo el inglés resultó relativamente autónomo. Los otros cuatro dependieron en gran medida de la presentación colectiva de la nación que se tratara, en referencia definida a uno o más de los otros tres. El trascendente estudio de Colley sobre la formación de la nación y de la identidad británicas de 1707 a 1837 (Colley, 1992) hace hincapié de modo particular en el papel fundamental que tuvo la identidad nacional francesa en la creación de la identidad británica. Por ejemplo, la autora habla de “[. . .] la competencia allende el Canal en lo referente a ritual y estética” (Colley, 1992:216).

En el actual contexto, empero, tal vez la observación más interesante que hace Colley se refiere a la Institución Británica para Promover las Bellas Artes en el Reino Unido, establecida en 1805. La autora señala:

La institución británica ayudó a forjar un conjunto de supuestos culturales que siguen siendo de enorme influencia en la actualidad, a saber: la muy extraordinaria idea de que incluso si un objeto artístico viene del extranjero [. . .] éste debe lograr de alguna manera pertenecer a la nación y expandirla (Colley, 1992:176).

De hecho los inicios del siglo XIX son notables porque en ese lapso se fundaron las galerías y los museos nacionales; en buena medida, esta tendencia estuvo basada en la idea de que el “internacionalismo nacional” es un signo de superioridad nacional. Y, por supuesto, a medida que volvemos la vista al siglo XIX, contemplamos un aumento sostenido —sobre todo de mediados de dicho siglo en adelante— de este internacionalismo nacional. La segunda parte de la centuria presenció una “epidemia” de exhibiciones internacionales, con lo cual se pretendía consolidar o expandir la identidad nacional del país en el cual se encontraba representado el internacionalismo. De manera general, yo convendría con la afirmación que hace Wallis (1994:265) de que actualmente el “[. . .] concepto de ‘festival’ [. . .] define una declaración más atrevida de nacionalismo y una inclinación mayor a manipular los múltiples poderes de la industria de la cultura”. Al hablar de los “festivales”, Wallis se refiere a la tendencia proliferante de exhibiciones y sucesos similares que implican un despliegue de “internacionalismo”, que en la actualidad está íntimamente vinculado con la multiculturalidad societal.

Sin embargo, tal forma de política de identidad nacional no debiera considerarse como algo relativamente nuevo bajo el sol. Como Calhoun (1995:272) ha argumentado recientemente: “[. . .] la historia del nacionalismo [. . .] no versa sobre identidades étnicas primordiales”, lo cual no quiere decir que la idea del etnonacionalismo (Connor, 1994) resulte totalmente engañosa (*cf.* Smith, 1986). Como entendí a Calhoun, no significa negar que la etnicidad primordial resulta inconducente para nuestra comprensión del nacionalismo. Más bien, la historia del nacionalismo es, en sus palabras (Calhoun, 1995:272), “[. . .] un aspecto de la creación de comunidades

políticas socialmente integradas, en las cuales fue posible sostener un discurso a gran escala, constructor de una identidad". Además, Calhoun (1995:273) argumenta que

[. . .] es necesario superar a la naturalización de las nociones de "etnicidad" y de "nación" [. . .] y enfocar los temas de los pueblos, los públicos y las naciones prestando atención a un mundo de posibilidades y tensiones internas, no sólo de entidades estáticas.

PLURALIDAD E IDENTIDAD NACIONAL

Aunque McNeill (1986) tal vez exagera un poco al señalar que la "reafirmación de la norma poliétnica" tuvo lugar en una etapa tan temprana como los años veinte, poca duda puede haber en el sentido de que ahora (en los últimos años del siglo XX) vivimos tiempos en los que esa "norma" se encuentra en una situación problemática. Del mismo modo que McNeill vio la llegada del fascismo alemán como una reacción directa contra la norma de la polietnicidad, ahora podemos afirmar sin temor que la actual ola de nacionalismo y depuración étnica es una reacción a la tendencia poliétnica multicultural, más plenamente conformada y definida. Un rasgo irónico de dicha tendencia es que el multiculturalismo societal a menudo es defendido por quienes tienen una inclinación comunitaria, e insisten en que, en efecto, las "comunidades" debieran ser homogéneas. Así, aunque es evidente que están a favor del pluralismo, en la práctica muchos defensores de la tendencia comunitaria animan y promueven la monoculturalidad.

En este momento el destino de la identidad nacional no resulta del todo claro. En cierta medida, en una gran cantidad de sociedades (tales como las de Australia y Canadá) la multiculturalidad ha adoptado el estatus de forma política dominante —aunque todavía cuestionada— de la identidad nacional. Y muchas sociedades en todo el mundo se hallan en un estado de transición problemática hacia la construcción de su identidad nacional en torno al discurso de multiculturalidad/multiculturalismo. Así pues, discutir las orientaciones sobre la existencia de hecho del pluralismo etnocultural se ha vuelto en verdad el tema sobre el cual gira la exposición de la identidad nacional. Esto concuerda con mi propia interpretación de la forma cambiante de la globalización, la cual he resumido brevemente en párrafos anteriores.

Los debates actuales acerca de la ciudadanía han tenido, por supuesto, una gran repercusión en el tema de la identidad nacional. Y, a su vez, los temas en torno a la obsesión que hay en la actualidad por la identidad personal y la colectiva están proyectándose considerablemente sobre los conceptos de ciudadanía; tanto es así que la diferencia entre identidad propia y ciudadanía está volviéndose cada vez más confusa. A este respecto, resulta decisiva la significación cada vez mayor de la cualidad de *persona universal*. Como señala Soysal (1994), la cualidad de persona universal

socava las concepciones estables de identidad nacional, lo cual conduce a una forma de ciudadanía postnacional y a hacer más y más probables las luchas por la identidad nacional. Por ende, tenemos en diversas partes del mundo un desacoplamiento de la conexión entre Estado y nación, y las disputas por lograr la inclusión dentro del Estado toman cada vez más la forma de enfrentamientos en los que se dirime la definición de la nación.

Traducción de Marcela Pineda C.

BIBLIOGRAFÍA

- Abu-Lughod, L. (1991), "Writing against culture", en R. G. Fox (comp.), *Recapturing Anthropology*, Santa Fe, Nuevo México, School of America Research Press.
- Abu-Lughod, L. (1993), *Writing Women's Worlds*, Berkeley, University of California Press.
- Andrews, G. R. (1992), "Racial inequality in Brazil and the United States: A Statistical Comparison", *Journal of Social History* 26 (2), pp. 229-263.
- Appiah, K. A. (1992), *In My Father's House*, Nueva York, Oxford University Press.
- Barber, B. R. (1992), "Jihad vs. McWorld", *Atlantic Monthly* 269 (3).
- Bernal, M. (1987), *Black Athena*, vol. I, New Brunswick, Nueva Jersey, Rutgers University Press.
- Bernal, M. (1991), *Black Athena*, vol. II, New Brunswick, Nueva Jersey, Rutgers University Press.
- Calhoun, C. (1995), *Critical Social Theory*, Oxford, Blackwell.
- Colley, L. (1992), *Britons*, Nueva Haven, Yale University Press.
- Connor, W. (1994), *Ethnonationalism*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Gellner, E. (1983), *Nations and Nationalism*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.
- Greenfeld, L. (1992), *Nationalism*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Hall, E. (1996), "When is a myth not a myth? Bernal's 'Ancient Model'", en Mary R. Lefkowitz y Guy MacLean Rogers (comps.), *Black Athena Revisited*, Chapel Hill, North Carolina, University of North Carolina Press.
- Handler, R. (1994), "Is 'Identity' a Useful Cross-Cultural Concept?", en J. R. Gillis (comp.), *Commemorations*, Princeton, Princeton University Press.

- Hannerz, U. (1992), *Cultural Complexity*, Nueva York, Columbia University Press.
- Hollinger, D. A. (1995), *Postethnic America*, Nueva York, Basic Books.
- Ishay, M. R. (1995), *Internationalism and its Betrayal*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Jacobson, D. (1996), *Rights Across Borders*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- James, H. (1989), *A German Identity: 1970-1990*, Nueva York, Routledge.
- JanMohamed, A. R. y D. Lloyd (comps.) (1990), *The Nature and Context of Minority Discourse*, Oxford, Oxford University Press.
- Kedourie, E. (1993), *Nationalism*, 4a. ed., Oxford, Blackwell.
- Lechner, F. (1989), "Cultural Aspects of the Modern World-System", en W. Swatos, Jr. (comp.), *Religious Politics in Global and Comparative Perspectives*, Westport, Connecticut, Greenwood.
- Lind, M. (1995), *The Next American Nation*, Nueva York, Free Press.
- McGrane, B. (1989), *Beyond Anthropology*, Nueva York, Columbia University Press.
- McNeill, W. H. (1986), *Polyethnicity and National Unity in World History*, Toronto, Toronto University Press.
- Meyer, J. W. (1980), "The World Polity and the Authority of the Nation-State", en A. Bergesen (comp.), *Studies of the Modern World System*, Nueva York, Academic Press.
- Meyer, J. W. (1995), "Foreward", en C. L. McNeely, *Constructing the Nation-State*, Westport, Connecticut, Greenwood.
- Michaels, W. B. (1992), "Race into culture: A critical genealogy of cultural identity", *Critical Inquiry* 18, pp. 655-685.
- Robertson, R. (1976), "Societal attributes and international relations", en J. J. Loubser et al. (comps.), *Explorations in General Theory to Social Science*, Nueva York, Free Press.
- Robertson, R. (1992), *Globalization*, Londres, Sage.
- Robertson, R. (1995), "Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity", en M. Featherstone et al. (comps.), *Global Modernities*, Londres, Sage.
- Robertson, R. (1996), "Values and Globalization: Communitarianism and Globality", en L. E. Soares (comp.), *Culture, Pluralism, Identity and Globalization*, Río de Janeiro, UNESCO.
- Robertson, R. y J. Chirico (1985), "Humanity, globalization, and worldwide religious resurgence: A theoretical exploration", *Sociological Analysis* 46, 201-242.

- Skidmore, T. E. (1993), "Bi-racial U. S. A. vs. Multi-racial Brazil: Is the contrast still valid?", *Journal of Latin American Studies* 25, pp. 229-263.
- Smith, A. D. (1986), *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell.
- Soysal, Y. N. (1994), *Limits of Citizenship*, Chicago, University of Chicago Press.
- Tulloch, Sara (1991), *The Oxford Dictionary of New Words: A Popular Guide to Words in the News*, Oxford, Oxford University Press, 322 pp.
- Wallerstein, Y. (1991), "The national and the universal: Can there be such a thing as world culture?", en A. E. King (comp.), *Culture, Globalization and the World-System*, Londres, Macmillan.
- Wallis, B. (1994), "Selling nations: International exhibitions and cultural diplomacy", en D. J. Sherman e I. Rogoff (comps.), *Museum Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Winant, H. (1992), "Rethinking race in Brazil", *Journal of Latin American Studies* 24, pp. 173-192.